

que empiezan a hacer fortuna en los últimos años, como la de “ampliar los horizontes de la razón”.

Suelen distinguirse en la obra del profesor López Quintás dos etapas: la primera, metodológica y especulativa, dirigida a eruditos y, en el contexto de su vida intelectual, puramente propedéutica; la segunda, ética y estética, accesible para formadores y jóvenes, divulgativa. Esta distinción, en buena medida cierta, descuida la corriente subterránea que vincula y alimenta ambas etapas y, por lo tanto, reduce la comprensión que podemos alcanzar sobre ellas. Quizá la expresión más afortunada que nos permite enlazar ambos periodos sea la acuñada por el propio autor: “pensar con rigor y vivir de forma creativa se exigen mutuamente” (*Inteligencia creativa*, BAC, Madrid, 2002, p. XVIII).

En ese sentido, su última obra recuerda al género de la *summa* medieval, síntesis no sólo de pensamiento sino de toda la realidad, a partir de un criterio último y unificador: el vínculo del ser humano con el ideal de la unidad, cuya última manifestación y fundamentación se da en el Creador. Pero también nos recuerda al *organum*, una lógica o herramienta auxiliar para aprender a pensar el mundo conforme a los descubrimientos, retos y necesidades del hombre contemporáneo.

Álvaro Abellán-García Barrio. Universidad Francisco de Vitoria
a.abellan.prof@ufv.es

MARTÍNEZ CARRASCO, ALEJANDRO

D’Ors y Ortega frente a frente, Dykinson, Madrid, 2013, 291 pp.

Este libro se inicia con una breve introducción donde explica bien su proyecto (17-21): salir al paso de esas “dos paralelas euclidianas que nunca se entremezclan” (17), en referencia a la ausencia de estudios conjuntos sobre la vida y obra de Ortega y Gasset y d’Ors, señalando tres excepciones en Guillermo Díaz Plaja, Rafael Gibert y Pedro Cerezo. Su intención es poner sus biografías juntas, y al mismo tiempo comparar sus correspondientes sistemas filosóficos.

En el ánimo del autor está, no obstante, reivindicar la figura intelectual de d’Ors que entiende como “injustamente menospreciada” en comparación con la de Ortega y Gasset al que se ha otorgado una “exagerada posición privilegiada” (21).

Arranca entonces el primer movimiento de este bello libro: “Aproximación biográfica” (23-171). Por utilizar la terminología musical, el ritmo de esta parte es un *Allegro ma non troppo*. El autor se desenvuelve muy bien en la relación entre su ritmo literario y la apoyatura del aparato crítico, muy abundante y fiable. Los puntos críticos fundamentales de esta parte histórico-biográfica son: la formación intelectual de Ortega y d’Ors y su conexión, respectivamente, con el germanismo y el mediterraneísmo intelectual, incluyendo sus equidistancias con la historia y la filosofía moderna de la ciencia; sus variadas formas de pensar en público a través de los medios de prensa escrita; sus vinculaciones con el mundo político, ya sean estructurales (Ortega) como más culturales (d’Ors); sus mutuas relaciones como “hermanos enemigos”; su papel como regeneradores de la filosofía española en reacción al positivismo y al decorativismo típicamente modernista; y, por último, su relación con el proyecto político y cultural de una nueva Europa.

¿Por qué considero este texto como un *Allegro ma non troppo*? Precisamente en la condición binomial-comparativa que confiere un cierto ralentí a esta parte biográfica de la obra, y tal vez a toda ella. No estoy seguro, en este sentido, de que se deba poner a Ortega y d’Ors “frente a frente”, como anuncia intencionadamente el título de la obra, porque no veo claro que estén, de por sí, “enfrentados”. Da la impresión de que son dos figuras oblicuas entre sí, dos semblanzas que a su vez contienen múltiples retratos en su seno, como ocurre con aquel díptico de Genaro Pérez Villaamil, pintor satélite de Goya, adquirido en 2011 por el Museo del Prado. Son dos grandes paneles que contienen múltiples perspectivas de ciudades españolas cada uno de ellos.

Hay una bisagra móvil entre ellos dos, que les da la capacidad, a veces de estar frente a frente, otras de estar en ángulo, y en ocasiones de ser completamente paralelos sin mirarse a la cara. Para evitar un efecto exageradamente dialéctico, al pensar en d’Ors hay que

tener en cuenta el contexto filosófico local en el que se ha movido, especialmente en su etapa de formación. “Filosóficamente, el arraigo de la filosofía del sentido común en Cataluña, cerró el paso al idealismo alemán, que a través de Krause se había extendido en gran parte del ámbito filosófico español y especialmente castellano”.

Hubiera sido útil al autor el estudio de la llamada “Escuela catalana de filosofía” o “Escuela de Barcelona”, en la que Francesc Mirabent, discípulo de Serra Húnter, siguió desde el principio una tradición de raíz escocesa introducida por Ramón Martí d’Eixalà y desarrollada por Llorens Barba. Aranguren afirmó que la Cataluña moderna había tenido sólo dos filosofías que habían impedido en aquella zona de España la penetración del krausismo: una es la de Martí d’Eixalà, la otra, la de Eugenio d’Ors. A su vez, se ha dicho que “el prestigio del que disfrutó Llorens mientras vivió, impidió la entrada en Cataluña del krausismo celtibérico y de otras influencias filosóficas”. Más concretamente, ver cómo d’Ors “frena” el krausismo en el panorama de la filosofía en Cataluña, hubiera clarificado desde el punto de vista histórico la necesaria gama de grises entre la figura de Ortega y la de d’Ors. Porque, como bien dice el autor, a pesar de su identificación con la Institución Libre de Enseñanza como modelo cultural, mientras que Ortega usó la dialéctica hegeliana del Espíritu, d’Ors permaneció pegado al terreno de la figuración y la sensualidad típicamente mediterráneas.

Al estudiar más a fondo el krausismo, lo hubiera utilizado como “tercer elemento” en relación al cual poner a d’Ors y a Ortega a una distancia entre ambos algo más variable. Martínez Carrasco considera, obviamente, la mencionada cuestión del krausismo, pero al verse abocado a la dialéctica de las etiquetas “entre dos”, se hace ambiguo. Dice así: “En la Universidad de Madrid de aquellos años era notable en Filosofía y Letras la presencia de la corriente krausista, que realmente no llegó a influir significativamente en Ortega”. Me pregunto: ¿Por qué el autor de *D’Ors y Ortega frente a frente* no considera a Ortega un krausista? (Cf. 30, nota 32).

Es posible que por esta vía también hubiera el autor distanciado más a d’Ors de la Institución Libre de Enseñanza, más allá de sus mecanismos de gestión, modelo igualmente válido para Ca-

taluña. Es cierto que Bilbeny ha señalado la importante influencia de la ILE en el regeneracionismo catalán, como se aprecia en Prat de la Riba y otras personalidades destacadas (62, nota 186). Pero, a diferencia de Ortega, aquí no es el krausismo lo que está en valor, sino el institucionismo cultural que Ginés de los Ríos supo magistralmente vertebrar.

Muchos temas que va resiguiendo a lo largo de su relato biográfico entrelazado son de gran interés para el mundo universitario y para interesados en la filosofía española de la primera mitad de siglo. Durante su lectura, es inevitable ir pensando en el arte, la literatura y hasta en la música española, que fueron abriendo el surco de la cultura moderna hasta la desembocadura de sangre en la guerra civil. Picasso, mediante la monstruosidad del Minotauro en el Guernica, mitad hombre mitad toro, supo explicar esta cesura entre la modernidad y el tradicionalismo que rasgaba aquella España finisecular.

Siguiendo con el símil del ritmo musical, la segunda parte plantea un ritmo más lento y sólido todavía. Sería el equivalente al *Andante*, a medio camino entre *Adagio* y *Moderato*. Parece que el autor se encuentra metido de lleno en su medio natural al estudiar el plano de las ideas: “Comparación filosófica” (173-268).

Esto nos lleva de vuelta a Francesc Mirabent y los orígenes del pensamiento filosófico en Cataluña. Cuando en 1936 publica su tratado *De la bellesa*, sus referencias bibliográficas ya han cambiado, habiendo virado de los escoceses a los franceses, especialmente hacia Victor Basch i Charles Lalo. Esta referencia nos sirve para centrar el punto clave, común y distinto en ambos, del vitalismo orteguiano y dorsiano al mismo tiempo (190-202).

Al mencionar estos estetas franceses, viene inmediatamente al pensamiento la relación entre filosofía y ciencia en la tradición cultural de Cataluña. En *L'evolution créatrice*, Bergson pretendía dar una explicación de cómo se producían las transformaciones en los cuerpos orgánicos, desde una masa protoplasmática inicial hasta llegar a la vía por la que, según él, circularía una mayor corriente de conciencia, es decir, hasta llegar al hombre, “razón de ser de la organización entera de la vida sobre nuestro planeta”. “Quizá

en d'Ors las huellas de este vitalismo pueden quedar más ocultas a causa de su temprana y radical oposición al irracionalismo vitalista romántico, su gran enemigo” (182).

Pero sobre todo, lo que diferencia el vitalismo orteguiano del dorsiano es su metafísica del sentido común, típica de la historia del pensamiento en Cataluña desde Ramón Llull hasta nuestros días. La noción de “conciencia en toda su integridad” en d'Eixalà había recibido la influencia de la doctrina escocesa del sentido común a través de Théodore Jouffroy y Pierre-Paul Royer-Collard y la introdujo en Cataluña.

En un bello texto de 1995, el profesor Jaime Nubiola estudió con textos la relación efectiva de d'Ors con la Escuela catalana del siglo XIX. Desde esta perspectiva le fue posible interpretar el reemplazo del *commonsensism* por el *noucentisme* en Cataluña como expresión de la desaparición de la filosofía escocesa en las últimas décadas del siglo XIX del centro de la discusión filosófica europea y su sustitución en las primeras décadas del nuevo siglo por una síntesis pragmática de positivismo y vitalismo. Frente al individualismo más o menos escéptico, la Escuela de Barcelona defiende que la razón es común y unitaria por debajo de las diferencias individuales. Y frente a la lógica limitada y pobre, la inteligencia es para d'Ors la forma suprema de acción que permite revelar la estructura dialéctica de la realidad. Esa inteligencia no es pura y abstracta, sino que puede ser llamada *seny*. El *seny* “se opone a las orgías del irracionalismo tanto como a las rigideces del racionalismo”.

Al acabar esta reseña me doy cuenta de que he sido un “hermano enemigo” para mi colega Alejandro Martínez Carrasco. Soy consciente de que he buscado una polémica constructiva sobre un tema que no es directamente de mi especialidad. Sin embargo, he leído a fondo un original libro de gran rigor, escrito con perfección literaria y bien editado por Dykinson.

Alfons Puigarnau. UIC Barcelona
alfonsp@uic.es